

La montaña azul

Al final del camino se puede ver la silueta de la montaña azul, dominando todo el valle. Hoy está cubierta por las nubes, y, juntas parecen formar una enorme ola que viene para destruir el pueblo. Una ola suspendida durante horas, preparándose para romper una y otra vez, y, justo cuando está a punto de conseguirlo, se disuelve en miles de gotitas de lluvia que caen sobre los bosques de pinos plagados de procesionarias. Avanzando por este camino me siento como esa ola de la montaña, siempre estoy a punto de romper, de llegar a alguna parte, pero siempre me doy la vuelta y recorro el camino de regreso, volviendo al mismo punto una y otra vez.

A veces siento que una parte de mí quedó absorbida por esos campos verdes porque de repente dejo de leer, dejo mi café sobre la pila de libros para salir a la calle con paso frenético. En el camino no existen los hombres. Me cruzo con muchos, claro, pero no son más que una mera copia de sí mismos, desdibujada a través de esa pintura azul y verde que lo impregna todo. Todo lo demás sigue existiendo. Un águila sobrevuela el círculo de piedras, un perro hocicudo y de bigotes rojizos corre hacia mí y me arrodillo para acariciarle en el barro. A veces siento que podría fundirme con la tierra. Las piernas se me hundan en los bordes del camino, se me tuercen los pies porque ando arrastrando el paso y por aquí hay demasiadas piedras. Pero mis piernas se aferran a sus caderas. Mi cuerpo hambriento se vuelca sobre ese pecho hundido y ella me besa como si nos fueran a sacar del barro. Y ahora ella cruzará la ola y me dejará sola de nuevo. Mientras tanto, recorro los caminos.

Vuelvo a casa mirando al cielo, pensando en los recuerdos, pensando en ella. Pensando en cuando me leía sus poemas sentada en el borde de la escalera de piedra y me hablaba de Dios. Ya ha anochecido pero un resquicio de azul se cuela entre el gris casi negro y la ola no se ve entre tanta oscuridad. Ahora tengo los bajos de los pantalones empapados de andar entre la hierba alta.

Al llegar a casa me quito la ropa y la dejo tirada en el suelo. Me maquillo en el espejo, con polvos azules que me pongo sobre los párpados con un pincel de pintar acuarelas. Y me viene a la mente esa noche en la que, después de beber varios vasos de licor de manzana, corrimos al baño para maquillarnos, hablando muy fuerte. Nosotras nunca hablamos fuerte. Ella se corrigió las ojeras aunque no tenía y se puso algo en la parte de abajo de los ojos y un poco de gloss. Le daba miedo no verse lo suficientemente femenina.

Nos cogemos de la mano y correremos lo más lejos posible. Nos tumbaremos sobre las sábanas y acariciaré su torso desnudo con el dorso de la mano. Me tumbaré sobre ella y la besaré en los labios con los nervios de la primera vez y ella se reirá de mí. Aprovechará mi timidez para darle la vuelta a la situación, apretará mis hombros contra el colchón y me besará como aquella vez que soñé que una chica desconocida me besaba en la orilla del mar. Y estas olas romperán, la siento húmeda bajo mis labios, bajo mis manos y la espuma se nos sube a la cabeza y nos

reímos como dos tontas. Por eso escribo, porque me da mucho miedo olvidar y que ella no vuelva nunca.

A veces estoy cocinando y tengo que subir la música porque todavía la escucho llorar desde el otro lado de la puerta de la cocina. A veces me acuerdo de ella y me quiero morir. Es abril pero ha nevado. Hoy estaba andando por el bosque, pensando: «me quiero morir, me quiero morir, me quiero morir, me quiero morir». He recorrido exactamente el mismo camino que el día antes de que ella muriera. Ahora me cuesta subir por el cortafuegos. Las piernas me ardían por el esfuerzo y la crema solar me caía por la cara mezclada con sudor. Todo es tan difícil que me cuesta respirar, nada me produce ya el mismo placer. Me senté en la hierba y seguía queriéndome morir.

Es abril pero ha nevado y allí donde ella está hace sol. Lee su libro de poesía apoyada en la mesa del tren.

Hoy ha venido a buscarme a la facultad, aunque ya no viene a clase. Hemos andado cuesta arriba hasta el parque y nos hemos tumbado en la hierba fresca. He levantado mis brazos por encima de la cabeza y ella ha clavado un dedo en mis costillas. Me he sobresaltado, la he agarrado del brazo y me ha sonreído. Me muero de ganas de rozar su rostro y besarla, pero no lo hago.

—¿Por qué siempre nos cuesta tanto todo? —pregunta.

No he sabido qué contestar. Y ahora ha cruzado al otro lado y yo sigo sentada, hundiéndome en la hierba, con los ojos clavados en la montaña azul. Y mi cuerpo se eleva por encima de los pinos, sobrevuelo el pueblo, en dirección a la montaña.